10956

EL TEATRO.

COLECCION

DE

OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICO-DRAMÁTICAS.

LOS TRES BANQUEROS

DRAMA EN TRES ACTOS, EN PROSA.

MADRID:
IMPRENTA DE D. ANSELMO STA. COLOMA,
Calle de las Dos Hermanas, 19, bajo.

1860.

13

CATÁLOGO *de las obras Dramáticas y Líricas de la Galería*

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Ahogarse á la orilla.
Alarcon.
Angela.
Afectos de ódio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño,
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
Al piè de la letra.
Antiguos y modernos.
Aquí está un moso ó verdá.
Abnegacion y nobleza.
Amores perdidos.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Ber.a la flamenca.
Bienes mal adquiridos.
Baltasar.
Borómetro conyugal.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Culpa y castigo.
Córte y cortijo.
Caza mayor.
Carnioli.
Cuatro agravios y ninguno.
Camino del matrimonio.
Duque de Viseo.
Dos sobrinos contra un tio.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
D. Primo Segundo y Quinto.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diego corrientes, 2.ª parte.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El Hipócrita
El cura de aldea.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
Esperanza.
El anillo del rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
Espinas de flor.
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!
El Justicia de Aragon.
El caballero del milagro.
El monarca y el judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
Echarse en brazos de Dios.
El alma del rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El jitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El hijo pródigo.
El payaso.
El amor é interés.
Este cuarto se alquila.
El patriarca del Turia.
El rey del mundo.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo de Amberes.
El ciego.
El último vals de Weber.
El traspaso.
Escenas nocturnas.
El laberinto.
El gitano aventurero.
El solteron.
El vértigo de Rosa.
Echar por el atajo.
El reló de San Plácido.
El clavo de los maridos.
El bello ideal.
El hongo y el miriñaque.
El rey de bastos.
El trotegido de las nubes.
Fiarse en apariencias.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
¡Flor de un dia!!!
Flor marchita.
Funesta casualidad.
Grazalema.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Glorias de España, o conquista de Lorca.
Glorias mundanas.
Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.
Honrado y criminal á un tiemp
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Jaime el Barbudo.
Juan sin tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
José María.
Los amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles ó la linda vivandera.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los estremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
Llueven hijos.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La Banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Brav
L boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La madre de San Fernando.
Las flores de don Juan.
Las Apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Las dos reinas.
La libertad de Florencia.
La archiduquesita.
Las prohibiciones.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La bondad sin la esperiencia.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La vida de Juan Soldado.
Las querellas del rey Sábio.
La oracion de la tarde.
La llave de oro.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la caridad.
La cruz en la sepultura.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
Los tres amores.
La mujer del pueblo.
Las carcajadas.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.

LOS TRES BANQUEROS.

DRAMA EN TRES ACTOS,

arreglado á la escena española

POR

D. JOSE MARIA DIAZ.

MADRID:
IMPRENTA DE D. ANSELMO STA. COLOMA,
Calle de las Dos Hermanas, 19, bajo.

1860.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/lostresbanqueros14213dazj

PERSONAJES.

IRENE.
EULALIA.
D. CÁRLOS DE ARANGUREN.
D. MARTIN CENTELLAS.
D. ERNESTO DE LEYVA.
DOMINGO, NEGRO.
CONVIDADOS DE AMBOS SEXOS.

La escena en una casa de campo y en Madrid, año 185

609637

ACTO PRIMERO.

Despacho del banquero Don Carlos Aranguren en su casa de campo, inmediaciones de Madrid.

ESCENA PRIMERA.

Cárlos.

(*Empieza á amanecer.* Cárlos *escribe á la luz de una lámpara. Se levanta, apaga la luz, abre los balcones que dan sobre el jardin, y dice:*

¡Arruinado! ¡Completamente arruinado! No importa; trabajaré; haré de nuevo mi fortuna; sé por esperiencia que nada resiste á la actividad, al trabajo, á la inteligencia. La vida del comerciante es casi siempre una mezcla confusa de deleite y de ansiedad. ¡El comercio! Barco que flota á la merced de vientos encontrados; la habilidad del piloto consiste en llevarle á puerto, siquiera llegue sin mástiles y sin velas. ¡Irene mia! ¡Rosario, mitad de mi alma! ¡Nada sabe Irene! ¡Ni la menor sospe-

¡Y sin embargo, dento de pocos dias no dormirán con esa tranquilidad que duermen; sus risas y sus juegos se trocarán en lágrimas de amargura!... ¡La miseria!..... ¡La miseria!... ¡Irene!

ESCENA II.

CÁRLOS, IRENE.

IRENE. ¡Pobre Cárlos!

CÁRLOS. ¡Ah! ¡Eres tú! Muy buenos dias... ¿Has dormido bien?

IRENE. ¿Y tú? (*Con intencion.*)

CÁRLOS. ¿Yo? ¡Ah! Sí; me he levantado muy tarde; á la siete de la mañana.

IRENE. ¿Qué estabas haciendo?

CÁRLOS. Emborronando papel... Números y mas números... La costumbre. Aquí la tienes... Mi agenda... Testimonio vivo de tus asombrosos despilfarros... Dos mil reales en un mes... Irene mia, no puedo menos de abochornarme en tu presencia. Eres el *non plus ultra* de la economía doméstica. Es verdad que en los dos mil reales no figura el precio del brazalete que te regalé hace ocho dias.

IRENE. Ya lo sé; como que se lo he devuelto á Samper...

CÁRLOS. ¿Que lo has devuelto? ¿Y por qué? ¡Ah! Ahora recuerdo que cuando te lo entregué se llenaron tus ojos de lágrimas.

IRENE. ¡Cárlos! Te agradecí mucho la intencion.

CÁRLOS. ¡La intencion!... ¡La intencion! Irene, no comprendo el verdadero sentido de esa palabra, y te advierto que aunque estime en lo que vale tu celo y abnegacion, no me conviene que tanta sencillez perjudique mi posicion. Tampoco quiero que te encierres en vida, sobre todo en este panteon, porque una casa de campo no es mas que un panteon para los vivos. Volveremos á Madrid...

Tendrás lujosos trenes, vestidos elegantes, caballos vigorosos, y un magnífico palacio en la calle del Barquillo, barrio de Madrid en que se mezclan y confunden la aristocracia de los pergaminos y la aristocracia de los doblones. Ahí, mas que en el centro, el aire es puro, y nuestra hija querida...

IRENE. ¿Qué es eso, Cárlos?

CÁRLOS. Nada; siempre que me acuerdo de mi hija, se me llenan de lágrimas los ojos.

IRENE. Cárlos, eres el hombre mas honrado de la tierra.

CÁRLOS. ¿Por qué?

IRENE. Porque siendo tan rico... (*Con intencion.*)

CÁRLOS. Ya se ve que lo soy... ¡Mucho!... ¡Mucho!...

IRENE. ¿Y á cuánto asciende poco mas ó menos tu fortuna?

CÁRLOS. No lo sé yo mismo. Los banqueros como yo, lanzados en en el tempestuoso mar de especulaciones jigantescas.....

IRENE. Se arruinan mas de una vez; y afectando siempre una tranquilidad que no tienen, pasan las noches trabajando sin otro afan que el de ocultar á su mujer la verdad de su situacion desesperada.

CÁRLOS. ¡Irene! ¡Irene! ¿Sabes por ventura?...

IRENE. ¡Todo, amigo mio, todo!

CÁRLOS. ¡Perdóname, perdóname!

IRENE. ¿De qué? ¿Cuál es tu delito? No haber tenido la suficiente confianza en mí? No haberme dicho... ¿Acaso tienes tú la culpa de la situacion difícil en que nos vemos?

CÁRLOS. ¡Oh, no!

IRENE. Pues entonces... respóndeme á esta sola pregunta. ¿Tiene el mal algun remedio?

CÁRLOS. Ninguno.

IRENE. ¿Ninguno? ¿Y si dispusiéramos, para conjurar la tempestad, de aquellos dos millones de reales que el señor de Leyva y Cortés nos legó en su testamento para dote de nuestra hija?

CÁRLOS. Ese dinero, mi querida Irene, que recibí de las manos del señor Leyva en calidad de depósito y antes de que la

muerte pusiera término á su vida, es mi única áncora de salvacion; pero esa suma es sagrada para mí: yo no puedo disponer de ella: al cumplir su mayor edad debo entregársela á mi hija. Es cierto que Martin se marchó á la Habana, y que al despedirse me dijo: «me voy á Cuba; con actividad, con perseverancia y con inteligencia, en menos de un año haré una gran fortuna ó el demonio cargará con mis huesos: valor, amigo Cárlos, y confianza en Dios.» Pero el año ha trascurrido ya y Martin no ha vuelto.

IRENE. ¡Nada mas que la dote de mi hija!... ¡Un depósito!

CÁRLOS. Obligaciones que cumplen de hoy á mañana, y cuya renovacion me ha sido imposible...

IRENE. Pues bien, Cárlos, antes que todo es tu honor, que es el honor de tu familia, el de tu hija; es preciso pagar; disponer de ese dinero...

CÁRLOS. ¡Es la dote de Paulina!...

IRENE. A fuerza de trabajo, de actividad y de inteligencia, ya lograremos reunir esa cantidad, y se la entregaremos cuando sea grande.

CÁRLOS. ¿Y si llegara esa época y no pudiéramos?

IRENE. Entonces yo misma se lo confesaré todo, y Paulina nos agradecerá el haber conservado limpia y sin mancha la honra de su padre.

CÁRLOS. Gracias, Irene mia, gracias.

(*Tira de la campanilla y escribe. Aparece un criado.*)

IRENE. Es necesario pagar, y pagar mañana mismo.

CÁRLOS. Toma un caballo y véte á Madrid, y entregarás en propia mano esta carta á mi banquero el señor de Leyva y Cortés; quince minutos para ir y quince para volver.

IRENE. Al señor de Leyva y Cortés. ¿Pues qué... él es?...

CÁRLOS. Sí, mi banquero, de poco tiempo acá... desde que murió su tio, el padrino de nuestra hija...

IRENE. ¡Ernesto de Leyva!

ESCENA III.

DICHOS. UN CRIADO.

CRIADO. Señor, en la antesala está un caballero que se empeña en entrar, y no quiere decir su nombre. Ya está aquí.

ESCENA IV.

DICHOS, MARTIN Y EULALIA. *Poco despues* DOMINGO.

CÁRLOS. ¡Martin!
MARTIN. El mismo que viste y calza.
IRENE. ¡Eulalia!
EULALIA. ¡Mi querida Irene!
MARTIN. Venga un abrazo y un buen apreton de manos.
IRENE. No hace un momento que Cárlos me hablaba de ustedes.
CÁRLOS. Llegar así, de improviso... sin avisar...
MARTIN. ¿Por ventura te desagrada esta sorpresa?
CÁRLOS. Ni por pienso... ¿Y qué tal, qué tal el viaje?
MARTIN. No se ha perdido el tiempo.
CÁRLOS. Me alegro mucho.
MARTIN. Yo te hubiera avisado mi venida, pero ha habido un pequeño inconveniente; ya lo sabrás. Ayer llegamos á Madrid... y por cierto que me he encontrado la Puerta del Sol en el mismo estado.
CÁRLOS. ¡Qué quieres!... Pues no será por falta de proyectos!
MARTIN. Pues como decia... llegamos á Madrid ayer noche, y no habia tiempo que perder: supe que estabas en tu casa de campo, y aquí me tienes hoy dia 16 de julio... ¿Eh? ¿Qué tal? ¡Hoy dia 16 de julio!... ¡La Vírgen del Cármen!

CÁRLOS. ¡Dios mio! ¡Tienes razon! ¡La Vírgen del Cármen! Y yo tan olvidadizo que... No me lo perdonaré nunca.

MARTIN. ¡Marido al fin!... Yo no... ¡Domingo! ¡Domingo!!!... Has de saber que soy propietario... de un negro... míra-le... un ahijado de mi mujer... mi mujer le tuvo en la pila hace un año. (*Aparece Domingo con algunas cajas de carton.*) Vamos, perezoso, date prisa.

DOMINGO. Tenga su merced paciencia. La caja pesa mucho, y vengo cargado con ella desde la Habana... á escepcion de las flores, que las ha comprado su merced en la calle de la Montera: nueve pesos le han costado.

MARTIN. ¿Quieres callarte, imbècil?

IRENE. ¡Pero qué locura! ¿A qué ha venido esta profusi on?

DOMINGO. Eso mismo le dije yo á su merced.

MARTIN. ¡Véte, animal!

DOMINGO. Bien; me iré; pero antes tengo que decir á su merced una cosa muy importante.

MARTIN. ¿Qué cosa?

DOMINGO. Que tengo mucha hambre.

MARTIN. Como irás viendo, es bastante bruto.

DOMINGO. Si quisiera su merced indicarme hácia qué punto se encuentra la cocina?

CÁRLOS. Por allí... á la derecha; de paso dí que nos sirvan el desayuno.

MARTIN. ¿Para qué?

DOMINGO. Diga su merced que sí... El amo tiene hambre; me lo ha dicho en el camino.

MARTIN. ¡Estúpido! ¡Como agarre un látigo!...

DOMINGO. ¡Madrina! ¡Madrina!...

EULALIA. Déjanos solos... véte.

ESCENA V.

DICHOS *menos* DOMINGO.

CÁRLOS. ¡No acordarme de que era hoy el aniversario de nuestro matrimonio!... La primera vez en seis años que esto me sucede.

IRENE. ¡Mira, Cárlos, qué hermosos corales!... ¡magnífico pañuelo!

MARTIN. ¡Legítimo de la India! Le compré en Inglaterra de vuelta para España; tengo su correspondiente fe de bautismo. ¡Oh! Pero he traido otras cosas de mas efecto aun... oriundas de la Habana: dos culebras disecadas, cuatro papagayos... un colibrí, dos perros de lanas y un mono... en fin, una coleccion completa de productos del país.

CÁRLOS. Sentémonos, y nos referirás durante el almuerzo las particularidades de tu afortunado viaje.

MARTIN. Con mucho gusto.

DOMINGO. Señor.... quedémonos aquí... es muy buena casa... ¡Hay buen vino, buen pan, y una criadita, que ya, ya!

EULALIA. ¡Domingo!

DOMINGO. ¿Qué manda su merced?

EULALIA. Coloca todos esos efectos en la habitacion de la señora.

DOMINGO. Está bien, madrina.

CÁRLOS. ¡Calla!... ¡es ahijadito tuyo!

EULALIA. ¡Sí, pobre muchacho!... ¡Un huérfano á quien saqué de la miseria!

MARTIN. Sin embargo, debieras hacer mas caso del qué dirán, y no permitir que te llame madrina á cada instante.

CÁRLOS. ¿Almorzaremos, eh? (*Se sientan á la mesa.*)

MARTIN. No me desagrada la idea... Empiezo, pues, la narracion de mi viaje. ¿Supongo que no tendrás un grandísimo interés en que te refiera los pormenores de la travesía?

CÁRLOS. No.

MARTIN. Tanto mejor; porque te aseguro que fué monótona por demás. Durante las tres semanas y pico que duró la tal travesía, no salí de mi camarote; siempre encerrado en él; y todo ese tiempo boca abajo... á causa del mareo. Esta circunstancia no me permitió fijar la atencion en esos magníficos panoramas que dibuja la naturaleza á los ojos del viajero entre el mar y el horizonte. Llegados á la Habana... ¿Quieres que te haga la descripcion de la

Habana?

CÁRLOS. ¿Para qué? Es inútil.

MARTIN. Me alegro mucho, porque me sería casi imposible el complacerte. Apenas puse el pié en tierra... ¡zás! ¡el vómito negro! ¡Delicioso país! El tal vómito me tuvo cuatro meses boca arriba. Por esta razon no tengo una idea exacta de los monumentos que, segun he oido allí, son de una magnificencia oriental. Yo no he visto mas que uno... ¡el castillo del Morro! ¡Brava pieza! De recibo para los pícaros filibusteros. ¡Hola! ¡hola!... ¿Te impacientas, eh? Bien, hombre, bien: te referiré todos los pormenores de mi residencia en la capital de las Antillas.

CÁRLOS. Te escucho, pues.

MARTIN. Ya bueno y sano me entregué de lleno á mis negocios. ¡Qué país para hacerse un hombre rico en poco tiempo! Una camisa vale ocho pesos. ¿Ves este chaleco? Pues me costó una onza: mi mujer en el primer mes de nuestra instalacion gastó quinientos pesos... es verdad que durante esos treinta dias tuvo que asistir á diez y siete bailes de negros.

EULALIA. ¡Ah! hablemos de eso. ¡Si vieras, Irene! ¡Qué cosa mas divertida!

MARTIN. ¡Admirable! ¡Qué novedad en todos sus movimientos! ¡Qué sonrisas tan significativas!... ja!... ja!...

CÁRLOS. Todo eso está muy bien; pero me parece que es ya tiempo de que me digas cuál es el estado de tus negocios.

MARTIN. ¡Ah! sí; pues bien; á los once meses me encontré con que me habia comido el resto de mi fortuna; por consiguiente no vacilé un instante en la determinacion que debia de tomar, y enderecé el rumbo hácia las costas españolas. Al saludar las de Barcelona, te lo confieso... una lágrima de contento y de satisfaccion... ¡la pátria!... dame ese alon del pollo.

CÁRLOS. ¡Pobre Martin! ¡Qué dichoso eres! ¡Alegre y tranquilo en la adversidad!

MARTIN. Porque confio en tí. Porque de positivo me abrirás tu

caja de hierro, y con perseverancia en el trabajo, aun podré levantarme de nuevo á la altura que me has conocido.

CÁRLOS. ¿Yo? ¿yo?... ¡Pobre amigo mio! ¡Pobres de todos nosotros!

(*Irene deja la mesa, y se sienta en el sofá. Eulalia la acompaña.*)

MARTIN. ¡Arruinado!

CÁRLOS. ¡Completamente arruinado! Me veo precisado á pagar mis últimas obligaciones con la dote de mi hija... prefiero que viva en la miseria, á que se diga de mí lo que de otros se ha dicho.

MARTIN. Eres un hombre honrado. No te aflijas. Dios nos abrirá camino. Lo que no puedo perdonarme es el haber creido en las palabras de ese bribon de agente de bolsa que nos metió tan de patitas en la célebre jugada, causa de nuestra ruina. ¡El tal Ernesto de Leyva! ¿Y qué es de ese penalril? ¡Supongo que él tambien á estas horas!...

CÁRLOS. A estas horas es millonario.

MARTIN. ¡Millonario!

CÁRLOS. Heredó hace poco tiempo el inmenso caudal de su tio.

MARTIN. A pesar de eso yo tengo para mí que su intencion no fué buena.

CÁRLOS. Su intencion no era mala; si los resultados no correspondieron á sus esperanzas, no le culpemos á él, sino á nuestra mala estrella. En fin, olvidemos lo pasado y preparémonos para el porvenir. Juntos encontraremos mas fácilmente el modo de volver á ser lo que hemos sido: la voluntad entra por mucho. Yo tengo un pensamiento... á su tiempo lo sabrás...

MARTIN. Corriente. Venga esa mano, y penas á la espalda. Viviremos juntos, ¿no es verdad?

CÁRLOS. Por supuesto.

MARTIN. Pero ahora que me acuerdo... no me has dicho todavía... examina bien esta cara... mírala despacio... ¿Qué te parece? ¿Por ventura el sol de los trópicos?...

EULALIA. ¡Jesus, hombre! ¡Qué fastidioso eres!

MARTIN. ¿No es verdad que es muy graciosa mi mujer?

EULALIA. Dígale usted que sí, y le dará usted gusto, y á mí me dejará en paz. Porque han de saber ustedes que este caballero ha dado en la manía de enamorarse de mí, cuando nota que alguno me galantea; pero cuando por mi desgracia no hay quien fije en mí la atencion, adios! Como si no existiera para él.

MARTIN. ¡Qué exagerada te ha hecho Dios!

EULALIA. La verdad pura.

MARTIN. Pues bien; aunque eso fuese... no es natural que yo quiera verla figurar en primera línea? Lo confieso: tengo ese flaco; cuando me la encuentro rodeada de galanes, me digo yo á mí mismo: «Aprisa, hijitos, aprisa; no desperdicieis un momento. La ocasion la pintan calva.» El uno se atusa los bigotes, el otro se destrenza ó se ahueca la cabellera, éste suspira ó canta, aquel se hace el remolon ó el melancólico... quien se precipita ó tropieza, y cae por ganar la delantera á otro, y darla el brazo; quien encomienda á los ojos el trabajo de una declaracion que yo sorprendo en el camino con los mios. Y ya se ve... todo esto, como es natural, da cierta importancia á mi mujer, y á mí me agrada, porque me conserva en aquella actitud arrogante y fosfórica de los primeros meses de matrimonio. ¿Eh? ¿qué tal? ¿hago bien?

CÁRLOS. Sí, perfectamente... pero ten la bondad de hacerlas un rato compañía mientras yo...

MARTIN. ¡Un coche! ¿Quién será?

CÁRLOS. Leyva, el agente. (*Asomándose á la ventana.*)

MARTIN. ¿A qué vendrá ese peje por aquí? A nada bueno, de positivo.

ESCENA VI.

EULALIA, MARTIN, IRENE, LEYVA Y CÁRLOS.

LEYVA. Señora... ¡D. Martin!... ¿Ya de vuelta? Irene...

IRENE. Caballero... (*Saludando.*)

CÁRLOS. ¡Tanto tiempo sin venir á vernos!...

LEYVA. Pesaba sobre mí una órden superior que se revocará muy pronto.

CÁRLOS. ¡Una órden superior! ¡no comprendo!...

LEYVA. Cosas del mundo.

MARTIN. Marchate á vestir; ponte el mas elegante de tus trajes.

LEYVA. ¡El bueno de D. Martin Centellas! ¿Qué tal le ha ido á ustedpor allá?

MARTIN. No tambien como á usted por acá.

LEYVA. Tanto mejor.

(*Hace señas á Eulalia para que se vaya, y se va.*)

MARTIN. Ya sé por mi amigo Cárlos la muerte del tio. ¿La herencia habrá dejado á usted satisfecho? ¿Eh?

LEYVA. Sí, no tengo por qué ocultarlo. ¿Y Eulalia? ¿ha vuelto segun he podido ver mas encantadora que nunca?

MARTIN. Es usted muy amable.

CÁRLOS. ¿Me permiten ustedes? Antes de diez minutos estoy de vuelta.

LEYVA. No se marche usted: tengo precision de decir á usted dos palabras.

CÁRLOS. Hable usted.

LEYVA. He recibido esta mañana una carta-órden firmada por usted que en este momento no me atrevo á calificar. Disponer de un depósito, siquiera este depósito esté en nombre de una hija; es una violacion del código, que castigan severamente las leyes. Amigo mio, la sociedad, qu me tiene por un hombre de corazon frio y seco, no me acusará en esta ocasion de falto de memoria. Recuerdo

que he sido la causa, aunque inocente, del mal paso en que usted se ve; por consiguiente, si no me impulsase á hacerlo un sentimiento de sincera amistad, el deber me impondria la obligacion de decir á usted: «recoja usted esa órden y tome de mi dinero todo el que necesite.»

CÁRLOS. ¡Leyva!

MARTIN. ¡Oh! ¡Qué rasgo! ¡no lo esperaba! ¡Que vengan á decirme ahora que es usted un fátuo y un mal vicho!... Ya, ya verán la contestacion que les planto en los hocicos.

LEYVA. Poco me importa lo que digan, como obre yo con arreglo á mi conciencia. ¿Acepta usted?

(*Irene que se ha puesto á bordar desde la entrada de Leyva, levanta la cabeza y sin dejar su trabajo llama aparte á Cárlos.*)

IRENE. ¡Cárlos!

CÁRLOS. ¿Qué quieres?

IRENE. ¿Leyva se brinda á prestarte dinero?

CÁRLOS. Sí, y de una manera tan delicada, que no lo olvidaré jamás.

IRENE. Pues bien, dale las gracias en mi nombre tambien, pero dile que circunstancias especiales de tu posicion no te permiten aceptar su generoso ofrecimiento.

CÁRLOS. ¿Crees tú que debo?...

MARTIN. Se me figura una solemne tontería. (*A Irene, bajo.*)

IRENE. (*Levantándose.*) Leyva, damos á usted gracias por el desprendimiento con que se ofrece á remediar un daño venido en tan mal hora; pero usted conoce que esto no sería mas que cambiar de acreedor, y tarde ó temprano tendríamos que recurrir á ese depósito que constituye acaso el único porvenir de nuestra hija. No hablemos, pues, del asunto, y crea usted que no por esto dejaremos de agradecer siempre... (*Leyva hace una reverencia.*)

CÁRLOS. En ese caso...

LEYVA. Lo siento.

CÁRLOS. Pero no será tanta la pena que no le permita á usted comer con nosotros.

LEYVA. Sentiria ser molesto.

CÁRLOS. Nada de eso... ¿No es verdad, Irene?

IRENE. Acaso sus ocupaciones...

CÁRLOS. Irene... parece que tienes formal empeño en que se vaya... (*Riéndose.*)

IRENE. ¿Yo? ¿Leyva, acepta usted la invitacion de mi marido?

LEYVA. (¡Oh! ¡Ya es demasiado!) Sí, señora.

MARTIN. (¡Qué previsor anduve en hacer mudar de traje á mi mujer!)

CÁRLOS. Dejo á ustedes. Hasta despues.

LEYVA. ¿No por mucho tiempo?

CÁRLOS. No.

ESCENA VII.

IRENE, LEYVA, MARTIN. (*Momentos de silencio.*)

LEYVA. Señor D. Martin, ¿es de usted un negrillo que he visto al entrar?

MARTIN. Propiedad mia: una curiosidad artística que he traido de la Habana.

LEYVA. No es feo.

MARTIN. Para negro, no; para hombre, mucho... mi mujer le tiene un cariño estraordinario; le tuvo en la pila hace un año.

LEYVA. ¿Y Eulalia? Ha desaparecido como una sombra...

MARTIN. Acabando su toilette... no tardará... vacilará en la eleccion del traje que se ha de poner... cuando con cualquier vestido chiné, de los diez ó doce que tiene...

LEYVA. Esa tela no es ya de moda.

MARTIN. Eso mismo le he dicho yo... ¿pero qué quiere usted? caprichos. (Voy á prevenírselo.) Vuelvo al momento... me

habia olvidado de cierta cosa... con que... señor de Leyva...

IRENE. D. Martin... (*Como deteniéndole.*)

MARTIN. Cinco minutos...

ESCENA VIII.

IRENE, LEYVA.

LEYVA. Veo, señora, que es usted muy tenaz en sus resoluciones é implacable en sus odios.

IRENE. Caballero.

LEYVA. Irene, hace usted mal en no querer oirme.

IRENE. Condicion de mi carácter, y estraño mucho que haya usted olvidado.

LEYVA. ¿Qué?

IRENE. Leyva, pocas palabras y renuncie usted á esa locura que en mas de una ocasion ha comprometido mi decoro. No se olvide usted, por un lijero capricho, de los deberes sagrados que impone la amistad.

LEYVA. Tengo muy presente, Irene, que dió usted á él la preferencia: que su amor fué correspondido y el mio desdeñado; que van siete años de galanterías rechazadas y de pretensiones sin fruto, y que es ya llegado el dia de poner un término á situacion tan ridícula para mí. Irene, conozco mi carácter, y sé que mi voluntad es de hierro, y estoy dispuesto á atropellarlo todo en aras de mi venganza.

IRENE. Prosiga usted: muéstrese usted tal como es, tal como ha sido siempre... un libertino... un presuntuoso, que se avergüenza de haber tropezado en su vida de escándalos con una mujer que no le da ocasion ni el derecho de despreciarla. Estas palabras habrán convencido á usted que yo sola he conocido el único objeto que se proponia con su calculado desprendimiento. Mientras yo pueda, el señor de Leyva no será nunca nuestro acreedor.

LEYVA. Siento mucho, Irene, que me coloque usted en una situacion que no tiene otra salida que la deshonra de su marido de usted.

IRENE. ¿Qué quiere usted darme á entender con esa amenaza?

LEYVA. Me hará usted la justicia de confesar por lo menos, que yo he hecho en obsequio suyo cuanto era humanamente posible.

IRENE. Hable usted sin rodeos. ¡La deshonra de mi marido!... ¿Sabe usted, señor de Leyva, que D. Cárlos de Aranguren es el hombre mas honrado de la tierra?

LEYVA. Mañana, D. Cárlos de Aranguren, si yo me lo propongo, irá á una cárcel con arreglo al código de comercio.

IRENE. ¡Usted delira! Su último sacrificio, esa abnegacion y desprendimiento con que ha dispuesto para pagar sus obligaciones de la dote de su hija, prueban suficientemente su providad y honradez.

LEYVA. ¿Y si no hubiera podido disponer de ese dinero?

IRENE. ¿Qué ha dicho usted?

LEYVA. No sabe usted, Irene, que un depósito es sagrado, y que la ley castiga con pena de presidio...

IRENE. En verdad que no sé cómo tengo paciencia...

LEYVA. Ese dinero, señora, constituia una parte de la fortuna de señor de Leyva y Cortés.

IRENE. No lo niego. Es cierto que el señor de Leyva y Cortés consiguió en nuestra casa cierta suma de importancia, sin otra garantía que un recibo concebido en estos términos: «Declaro haber recibido del señor de Leyva y Cortés, en calidad de depósito, la cantidad de dos millones de reales.» Pero tambien lo es que el generoso anciano, pocos momentos antes de espirar, le dijo á mi marido: «Cárlos, nada me debes; sean los dos millones de reales que te dejé en depósito la dote de Paulina: la he tenido en la pila, y quiero hacer algo por ella.»

LEYVA. Pero es el caso, Irene, que ese recibo se encuentra hoy en mi poder.

IRENE. Imposible.

LEYVA. Véale usted; no por esto pondré en duda la veracidad de lo que usted me ha referido: pero á la historia le faltan ciertos detalles que solo yo conozco, y que creo conveniente decir á usted. El señor de Leyva y Cortés, pocos momentos antes de morir, encargó á un sobrino suyo que buscase entre sus papeles este documento con el firme propósito de inutilizarle; pero el tal sobrino, hombre de cálculo y de prevision, no supo ó no quiso cumplir á tiempo la voluntad del anciano, y las cosas se quedaron como estaban. Ese sobrino era yo.

IRENE. ¿Usted? En efecto, ahora me lo esplico todo. Por una parte, esos dos millones de reales aumentaban considerablemente una herencia que ha hecho de usted el primer banquero de Madrid, constituyéndole además en acreedor nuestro.

LEYVA. No, Irene, si la avaricia hubiera sido el móvil de esa accion, no hubiera esperado para reclamar al dia en que su esposo de usted se encuentra completamente arruinado.

IRENE. Esplíquese usted. ¿Qué piensa usted hacer? ¿Usted sabe que mi marido es el hombre mas honrado de la tierra? Hable usted... respóndame usted...

LEYVA. ¿Qué exige usted de mí? ¿Para qué he de hablar? Esa órden que Aranguren me ha enviado hoy la he estado esperando un año entero, dia por dia, minuto por minuto. Apenas la leí, dispuse que mis dependientes la cumplimentaran en todas sus partes, y así se ha hecho. La situacion de Aranguren es muy grave; ha dispuesto de un dinero que no le pertenecia. Créame usted, Irene, no se trata ya de una deuda... sino de una quiebra, que siempre es una desgracia ocasionada á diversas y á maliciosas interpretaciones; se trata de un robo... de un robo, señora, que castigan las leyes con penas severísimas.

IRENE. Caballero...

LEYVA. No dirá usted que tengo en poca estima al objeto de mi cariño, cuando me vengo tan cruelmente del desprecio-

con que le recibe.

IRENE. ¡Oh! Pero usted no llevará hasta ese estremo su venganza. No, porque yo, mujer de carácter áspero y desapacible, haya formado de usted un juicio equivocado; tiene usted el derecho de perder á un hombre que está de todo punto inocente.

LEYVA. Con una sola palabra puede usted salvarlo; pronuncie usted esa palabra; pronúnciela usted, Irene...

IRENE. Jamás.

LEYVA. Entonces... ¡cómo ha de ser!... La culpa habrá sido de usted, y no mia.

ESCENA IX.

IRENE, LEYVA, CÁRLOS *con un ramo de flores en la mano.*

CÁRLOS. ¡Uf! ¡Lo que he trabajado, mi querida Irene!... ¡Toma, hoy es el aniversario de nuestro casamiento!... Pero, ¿qué es lo que tienes? ¡Qué pálida estás!

IRENE. ¿Yo?

LEYVA. No se asuste usted, amigo mio; ¡los nervios!... La he dicho que Gutierrez del Arco, el banquero, se habia presentado en quiebra y huido al estranjero, y esta noticia, como era natural... ¿Tenia usted fondos en su casa?

CÁRLOS. No. ¿Conque se ha fugado?

LEYVA. No le quedaba otro partido.

CÁRLOS. ¿Despues de una quiebra?...

LEYVA. Una quiebra es las mas veces el resultado de espantosas desgracias.

CÁRLOS. Como usted guste; pero cuando se puede escojer entre la fuga y la muerte, para hacer callar á la maledicencia, no se huye, se levanta uno la tapa de los sesos.

IRENE. ¡Ah!

ESCEEA X.

IRENE, LEYVA, CÁRLOS, MARTIN.

MARTIN. Señores, Eulalia mi esposa. (*Anunciando.*)

LEYVA. ¿Sí? Pues salúdela usted en mi nombre... Un negocio importante, de que me habia olvidado, me priva del honor de comer con ustedes, y me obliga á volverme á Madrid. Señora...

MARTIN. ¡Pues señor, me he lucido! ¡despues de haberla hecho vestirse de pies á cabeza!...

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete amueblado con elegancia: segundo salon al fondo: preparativo de baile: en primer término un psichis: á la izquierda un divan: puerta en el fondo, puertas laterales, sillas y sillones.

ESCENA PRIMERA.

MARTIN Y CÁRLOS.

(*El último está sentado en actitud reflexiva; aquel en el fondo, da órdenes á los criados.*)

MARTIN. Eso es: flores por todas partes: luces con profusion: las mesas de juego en el gabinete azul... ¡Mi mujer va á estar encantadora! ¿Has visto ya su toilette? ¿Eh? ¡Qué buen gusto! ¡Qué frescura! ¡Cuatro veces he ido á casa de la modista!... El vestido es azul, de dos faldas... el tocado... así... yo no sé cómo... ¡Unas flores! ¡Qué flores! Colocadas... así... de cierta manera... Pero hombre, ¿qué demonios tienes?

CÁRLOS. Nada, Martin, nada.

MARTIN. ¡Voto al chápiro! Hace seis meses que todo nos sale bien; hasta los acontecimientos políticos se dan la mano

para traernos de nuevo al camino de la fortuna. No teniamos un cuarto, y ya casi somos ricos. Los amigos que se habian olvidado de nosotros en la desgracia, nos prodigan ahora las mayores muestras de cariño... Eulalia, mi mujer, tiene una numerosa córte de aduladores, y tú, á pesar de este cuadro risueño y pintoresco, siempre triste y meditabundo. No lo entiendo. Pues amigo, por mas que te obstines en convencerme de lo contrario, te repito que eres el hombre mas afortunado de la tierra.

CÁRLOS. ¿Yo feliz? No, Martin, no lo soy.

MARTIN. ¿Estás loco?

CÁRLOS. No, Martin: echo de menos los tiempos de mi desgracia... Madrid me pesa... la sociedad de Madrid me abruma. ¿Y no sabes por qué? ¡Porque entonces Irene me daba ánimo... porque entonces, Martin, mi mujer... mi mujer me amaba!

MARTIN ¿Y ya no te ama? Já, já, já. Pues bien; yo te aseguro que no hay bajo la capa del cielo un hombre mas querido de su mujer que tú.

CÁRLOS. ¿Cómo esplicarme entonces su tristeza, su contínua melancolía, las lágrimas que algunas veces se escapan furtivamente de sus ojos? Mas de una vez la he suplicado que me diga la causa de su dolor, y el silencio ha sido su respuesta. ¿Qué la he hecho yo? ¿Por qué, si ve que sufro tanto, reprime esos arranques de ternura que en mas de una ocasion he sorprendido en ella? ¡Oh, Martin! Yo no quiero, yo no puedo vivir de este modo... Estoy decidido... y hoy mismo una esplicacion con Irene pondrá término á esta angustia. En mi pasado no hay ni la mas leve mancha... nada que pueda obligarle á avergonzarse de mí... y sin embargo... esta continua tristeza me vuelve loco... Hasta mi pobre hija parece ser hoy una carga pesada para su madre... ¡Pobre Paulina! ¡Oh! Yo sabré la causa de su frialdad, de su indiferencia para con todo lo que hasta ahora ha constituido su alegría y su felicidad.

MARTIN. Y yo te repito que tus quejas son ridículas, insensatas... que tú solo eres la causa del mal humor de Irene.

CÁRLOS. ¿Yo?...

MARTIN Tú, sí, que pareces un Otelo al lado de tu mujer. No da ella un paso sin que te encuentres detrás de sus talones; no bien la ves pensativa, empiezas á cabilar sobre ello antojándosete cerros y montañas las cosas insignificantes. A fuerza de hostigarla la proporcionas ataques de nervios... ¿No sabes que las mujeres son los pájaros de la libertad? ¿Cómo, pues, quieres que el tuyo vuele al sol, si atas sus pies con bramante? Estoy convencido de que eres un pobre hombre. Mírame á mí... Cuando me casé, mi mujer era delgada como una caña... Su familia la tenia tan sujeta que la pobrecita no podia engordar. El matrimonio fué la mano que abrió la puerta de la jaula... por eso mi mujer canta hoy y engorda de dia en dia. Convéncete; tú solo eres la causa del cambio de Irene.

CÁRLOS. ¡Si fuera cierto!... ¡Ah, gracias, Martin, tus palabras me consuelan... Sí, sí, tienes razon; es menester que Irene se distraiga... Me doy la enhorabuena de haber consentido en la fiesta de esta noche.

MARTIN. Que debe empezar dentro de una hora, y para la cual no te encuentras vestido todavía.

CÁRLOS. Voy al momento... hasta luego, Martin.

ESCENA II.

MARTIN.

¡Pobre Cárlos!... ¡Está celoso!... ¡Celoso! ¡Qué horrible palabra!... (*Sentándose*).
Es digno de lástima. ¡Qué diablo! ¡Cómo ha de ser! No todos tienen mi carácter ni mi manera de tratar á las mujeres. ¡Ah si todos los maridos hiciesen lo que yo!... Si

tratasen á sus mujeres con esta confianza... con esta libertad... Pero ya... sí, sí... al contrario, queriendo ser amados se convierten en tiranos... Lástima los tengo á todos. (*Ve á Domingo por el foro*).
¡Domidgo! ¡Domingo!...

DOMINGO. Estoy muy ocupado; (*desde el fondo*) el salon se va llenando ya de gente.

MARTIN. Ven acá, bergante.

DOMINGO. ¡Bergante! ¡bergante! (*Acercándose*).

MARTIN. Atiende.

DOMINGO. ¡Bergante!

MARTIN. ¿Qué dices?

DOMINGO. Nada... nadita... nada.

MARTIN. ¿Te va bien en Europa?

DOMINGO. Su merced me da cinco duros al mes, comida, casa y ropa.

MARTIN. ¿Estás contento?

DOMINGO. ¿Yo contento? No, señor, no me basta eso; quiero mas; y si no fuera por ciertos gajes, no podria vivir en esta tierra.

MARTIN. ¿A qué llamas tú ciertos gajes?

DOMINGO. ¿A qué llamo yo?...

MARTIN. Sí.

DOMINGO. ¡Toma! Yo entiendo por ciertos gajes lo que cae bien á bien.

MARTIN. Es decir, el dinero (*frotándose las manos*) que te dan por saber si tu ama es mas bondadosa de lo que parece.

DOMINGO. Algo hay de eso. (*Riendo.*)

MARTIN. ¿Cuánto te dan porque la entregues una carta?

DOMINGO. ¿Por una carta?

MARTIN. Vamos... la verdad.

DOMINGO. Segun las circunstancias, hay cartas de cartas...

MARTIN. Una carta... de un amante...

DOMINGO. Rico, bien puesto...

MARTIN. Justo. (Este cernícalo tiene talento.)

DOMINGO. Un amante... así... como el señor de Leyva...

MARTIN. Leyva... tambien él... ¡Já já! já!... Con que aquel hombre de tanta esperiencia se ha dejado prender en sus redes... já! já!... Eulalia; esta es la mas gloriosa de tus conquistas... Mi mujer es muy hermosa, ¿no es verdad, Domingo?

DOMINGO. ¿Qué, señor?

MARTIN. Que es muy hermosa tu madrina... ¿eh?

DOMINGO. ¡Hermosísima!... (*Martin le da una moneda*). Dios se lo pague á su merced.

MARTIN. Conque dices que el señor (*muy alegre*) de Leyva te da dinero porque entregues á escondidas cartitas amorosas á mi mujer? Díme: ¿y hace de eso mucho tiempo?

DOMINGO. Sí, señor.

MARTIN. ¡Bravo!

DOMINGO. Me da dos duros por cada billetito.

MARTIN. No es mucho.

DOMINGO. Ya lo sé, pero si usted consiguiera de mi madrina que lo contestara... sería otra cosa.

MARTIN. ¿Eh?

DOMINGO. Es que el señor de Leyva me ha prometido doble cantidad por la respuesta.

MARTIN. ¡Imbécil! ¡Mi mujer tiene la costumbre de recibir cartas, pero no contesta á ellas.

DOMINGO. ¡Toma! Ya lo sé, y por eso quiero poner en juego la influencia de su merced. De este modo me ganaria yo la vida honradamente.

MARTIN. Oye, cuatro duros te doy porque me entregues la primera carta que recibas.

DOMINGO. ¿Pero sabrá usted guardar el secreto?

MARTIN. ¿Quién está mas interesado que yo en ello?

DOMINGO. Corriente; pero con la condicion de que no descubra usted... ¡Qué buen amo!...

MARTIN. Sí, muy bueno... Pero véte, y no temas nada.

DOMINGO. Quede su merced con Dios. (Dos duros del señor (*aparte al salir*) de Leyva por entregar la carta; dos de mi madrina por recibirla, cuatro del amo por leerla... total, media

onza.) ¡Ah, señor, si usted pudiese hacer que la señora Irene imitase á mi ama,. yo me entenderia con su marido. (*Váse solo y riyendo.*)

MARTIN. No se puede negar que estos negritos tienen imaginacion. ¡Ah! Aquí (*mirando por el fondo*) viene mi mujer... ¡Qué elegante! ¡Qué deslumbradora!... Ahora atraviesa el pequeño salon lleno ya de gente... ¡Cómo la rodean! ¡Qué de reverencias! La miran con envidia los mas, con admiracion todos.:. ¡Oh, Eulalia! Eulalia... ¡Cuánto te amo! ¡Cuánto te adoro! ¡Cuánto te... ¡Calla! Viene hácia aquí... todos la abren paso..... inclinándose con respeto, siguiéndola y devorándola con los ojos...

ESCENA III.

MARTIN Y EULALIA.

EULALIA. ¡Qué alegre te encuentro, Martin!

MARTIN. Tengo sobrados motivos para estarlo.

EULALIA. ¿Qué tal estoy? ¿Te parezco bien?

MARTIN. ¡Coquetuela! Por lo visto necesitas tambien los plácemes de tu pobrecito esposo... ¿No te bastan las esclamaciones de admiracion con que han saludado tu entrada en el salon esta noche?

EULALIA. ¡Qué tontería! Si yo no pienso mas que en agradarte á tí; y como tú juzgas del mérito de una mujer por el número de sus adoradores, hago cuanto puedo por merecer tu amor.

MARTIN. Y lo consigues. ¡Oh! Qué trage... qué talle... qué... (*Mirándola alrededor*) aguarda, que hay aquí una arruga... Ahora está bien... ¡Qué cuello tan alabastrino... qué cabellos tan lustrosos! qué... ¡Ah! El bnquet está torcido... Así, eso es... ¿No veremos (*maliciosamente*) esta noche á Leyva?

EULALIA. ¿Pues no sabes que hace cinco meses anda viajando?

MARTIN. Es cierto; pero eso no impide que escriba...

EULALIA. ¿A quién?

MARTIN. (Tan discreta como encantadora.) ¿Conque no sabes nada?

EULALIA. No.

MARTIN. ¿Palabra de honor?

EULALIA. Palabra de honor.

MARTIN. ¡Bravo! Muy bien! (*Abrazándola violentamente.*)

EULALIA. ¿A qué viene eso?

MARTIN. ¡Chis! Lo sé todo.

EULALIA. ¿Cómo todo?

MARTIN. ¿No te hace la córte?

EULALIA. ¿Quién?

MARTIN. ¡Admirable! Qué ingenuidad. (*Abrazándola.*)

EULALIA. ¿Martin, quieres esplicarme?...

MARTIN. Díme, ¿le haces rondar mucho la calle? Daria una onza por leer una de sus cartas... habrá en ella eso de corazon desgarrado... su poco de plomo hirviendo y su mucho de lava del Vesubio... ¡Si me dejas leer una sola de sus cartas, te compro un aderezo mañana mismo!

EULALIA. ¡Por Dios acabemos! ¿De qué cartas se trata!

MARTIN. ¡Chis! Que se acerca Irene... Despues del baile hablaremos... No te olvides de tus amantes... En cuanto te vean... ¡Qué confusion! ¡Qué desórden! Quejas, desafios, qué sé yo!... ¡Vaya, adios!... ¡Ah! Cárlos está inconsolable... trata de averiguar... si Irene... Aquí sale... Hasta luego, nena mia, que no se te arruge la ropa; cuidado donde te sientas. Vuelvo.

ESCENA IV

EULALIA. IRENE.

(*Entra pálida, triste y á medio hacer su toilette, sin ninguna joya ni adorno de cabeza.*)

IRENE. Buenas noches, Eulalia. ¿No estaba aquí Martin?

EULALIA. Acaba de salir en este instante recomendándome mucho que me esté derecha para que no se arruge el vestido... ya sabes su manía...

IRENE. Sí: ¡qué dichosa debes ser con él!...

EULALIA. Tampoco puedes tú quejarte de tu suerte, porque Cárlos te quiere con delirio.

IRENE. ¿En qué lo conoces?

EULALIA. En que mas ama un avaro el tesoro que guarda, que el pródigo que lo arroja al primero que llega.

IRENE. Hay tantas maneras de manifestar el amor, que es difícil escoger lo mas conveniente: unos son celosos, otros confiados, aquellos egoistas, estos capaces de los mayores sacrificios.

EULALIA. ¿A qué llamas tú sacrificios en materias de amor?

IRENE. Yo... no sé... (*Pausa.*)

EULALIA. Irene mia, tengo que reñirte... ¿Qué significa ese pícaro silencio en el que te abismas con frecuencia, y que es la desesperacion de cuantos te rodean? Vamos, Irene, es preciso alegrarse... reir... reir sobre todo... yo te lo exijo... Pero qué, ¿no me escuchas?

IRENE. ¿Eh? Decias...

EULALIA. Nada. Se me figura que yo tambien contribuyo á aumentar tu tristeza.

IRENE. Si yo no estoy triste.

EULALIA. En vano tratas de disimularlo... y todo ello ha tenido lugar desde que me has encargado que te remita las cartas cerradas que á mi nombre te dirigen por mediacion de

Domingo; esas cartas encierran el secreto de tu tristeza. ¡Oh! Yo te amo mas que tú á mí, porque á estar en tu lugar, no te negaria la parte que te correspondiera en mis dolores.

IRENE. Eulalia... amiga mia... (*levantándose*) no es nada... y no adivino ese interés que se toman todos por mí..... siempre con preguntas... que... ya ves que no me sucede nada... absolutamente nada... ¡Ah! Arréglame este adorno de la cabeza... los convidados ya van viniendo... ¡Qué fastidio! ¡Dios mio! ¡Y yo á medio vestir!

EULALIA. ¡De todas maneras siempre hermosa!...

IRENE. ¡Hermosa! ¡Vaya una felicidad!

EULALIA. Por tal la tengo yo.

IRENE. ¿Para qué sirve la hermosura?

EULALIA. En la mujer, para agradar á su marido.

IRENE. Hasta que llegue un dia en que le agrades á otro que te dirá: véndeme tu ventura, tu dicha, porque me gustas; arrastra por el lodo tus derechos de mujer honrada, de esposa amante... de madre tierna... porque eres bella y me gustas; y luego ese mismo hombre á cuyas plantas te arrastráras con la súplica en los lábios y las lágrimas en los ojos, no se compadecerá de tus lágrimas ni de tus súplicas, ni de tu desesperacion... Y todo, ¿por qué?... Porque eres hermosa y le agradas.

EULALIA. Hija, eso que me cuentas (*riendo*) es todo un melodrama... lágrimas, súplicas, desesperacion... ¿A qué piensas en eso? ¡Vaya una manía!... Y en cuanto á mí, si alguno tomase el rébano por las hojas, como vulgarmente se dice, me tomaré yo el trabajo de llamar á Domingo que le acompañará bonitamente hasta la puerta.

IRENE. ¿Y no conoces que á veces por salvar el nombre, la reputacion, la existencia de... Pero qué digo!... Já! já! (*Deteniéndose de pronto y riyendo.*) ¡Qué cabeza la mia!... Parecemos dos locas... ¿Me has arreglado ya el tocado?

EULALIA. Espera.

ESCENA V.

LAS MISMAS. CÁRLOS EN EL FONDO.

IRENE. Así... ya estoy tan (*con alegría forzada*) linda como tú... ¡Tiene mucha razon tu esposo!... Se estima á la mujer por el aprecio que de ella hacen los demás... Yo quiero estar alegre... risueña ¡Pobre Cárlos! Es preciso indemnizarle de algun modo de lo que ha sufrido. Le amo, Eulalia, cuanto es posible amar en el mundo...

CÁRLOS. Gracias, Irene mia, gracias... (*Alegre.*)

IRENE. ¿Nos escuchabas?

CÁRLOS. Por mi buena estrella.

IRENE. Tanto mejor... Olvídate, pues, de lo que ha pasado para no pensar mas que en nuestra felicidad... ¡Héme ya dispuesta para el baile...

CÁRLOS. Martin es el que ha querido...

IRENE. Ha hecho muy bien... pienso divertirme mucho... y ahora que reparo en ello, este traje es muy pobre, voy á ponerme otro mas rico (*de una manera nerviosa que acaba por sollozos*); y al verme tan lujosamente aderezada, de seguro dirán... ¡Qué feliz es esa jóven!... Todos envidiarán mi ventura, sonreirán al ver mi alegria y..... (*ahogada por las lágrimas, cae en los brazos de Cárlos.*) ¡Ah! Cárlos, Cárlos... ¡Cuánto sufro!...

EULALIA. ¡Irene!... (*Aproximándose.*)

CÁRLOS. ¡Esposa mia!... (*Hace un gesto á Eulalia para que salga.*)

ESCENA VI.

IRENE. CÁRLOS.

CÁRLOS. ¡Irene!... (*Desde el fondo baja rápidamente con ella y la separa las manos con que cubre su semblante.*
Es preciso que me digas la verdad.

IRENE. ¡La verdad! (*Retrocediendo.*)

CÁRLOS. Sí, tú abrigas en el fondo del alma un secreto horrible que tratas en vano de ocultarme... Irene, yo quiero saberlo.

IRENE. Ignoro lo que quieres decir, porque ya has visto que me hallaba dispuesta para recibir á tus convidados.

CÁRLOS. Basta de rodeos... la verdad... quiero saber la verdad por horrible que sea... ¿No me respondes? ¿Vuelves á otro lado la cabeza? ¡Irene, me harás al cabo el mas desgraciado de los hombres! ¡Vamos, dí, ¿soy yo la causa de tu pena? ¿No soy el mismo para tí? ¿No he procurado rodearte de cuidado, de respeto y de ternura?

IRENE. Sí, sí, es verdad; Cárlos, eres el mejor de los hombres, y no sabes hasta qué punto te amo.

CÁRLOS. En nombre de ese amor te lo suplico: habla... Si es preciso, héme aquí de rodillas pidiéndote aquella felicidad de nuestros primeros años de matrimonio, que hoy me niegas sin motivo... ¡Irene, una palabra!

IRENE. ¿Tú, Cárlos, de rodillas á mis piés?

CÁRLOS ¡Ah! ¡Ten piedad de mí! ¡En nombre de tu hija!

IRENE. ¿Mi hija? ¡Ah! Por compasion, no me hables de ella.

CÁRLOS. ¿Por qué?

IRENE. ¿Quieres saberlo todo?

CÁRLOS. Sí: habla: confíame tus penas, tus inquietudes, y desgraciado del que sea causa de tu mal... le mataré.

IRENE. ¡Matarle! Si no es preciso matar á nadie! Yo sola tengo la culpa, que me dejo dominar por una afeccion nerviosa, que segun lo que te afecta, debe presentarse con carácter alarmante. ¡Cuando digo que acabarás por ponerme enferma! Ahora mismo, estaba yo muy tranquila acabando de arreglarme para el baile de esta noche... y ya has venido á turbar con tus eternas preguntas mi alegría..... No sé quién ha dado en esta casa derecho á todo el mundo para que me observe y censure mis menores acciones. ¡Oh! Si estoy triste, si sufro, vuestra es la culpa ..... porque esta casa parece que está poblada de inquisidores.

CÁRLOS. Tienes razon... Perdona á mi amor esta ansiedad que me mata... De hoy en adelante no te preguntaré mas.

ESCENA VII.

DICHOS, MARTIN.

MARTIN. ¡Voto al chápiro! ¿en qué piensa usted cuando allá dentro la echan de menos?... Ha llegado la mayor parte de nuestros convidados, y Eulalia se bate en reglá en medio de tanto cumplimiento... Venga usted... ¡ah! está usted encantadora, mi querida Irene.

IRENE. ¡Matarle! ¡Pobre Cárlos! Él sí que moriria probablemente. (*Aparte saliendo.*)

ESCENA VIII.

CÁRLOS Y MARTIN.

MARTIN. ¿Y tú no vienes al baile? ¡Si vieras á mi Eulalia! ¡Chico, es el espectáculo mas curioso! ¡Está mas sitiada que lo fué nunca fortaleza alguna!

CÁRLOS. ¡Ah! ¡me olvidaba del baile! ¡Maldita sea tu manía de presentar á tu mujer! Ella será la causa de que yo reciba á las gentes con la risa en los lábios, cuando llevo la muerte en el alma.

MARTIN. En último resultado, mi manía de presentar á mi mujer en todas partes, vale mas que la rabia con que tú encierras en casa á la tuya.

CÁRLOS. Sí, sí... algun dia, que no se hará esperar, en medio de esas fiestas, tu esposa hallará á un hombre que le agrade, y entonces... ¿lo oyes? no tendrás ni el derecho de quejarte.

MARTIN. Mejor quiero eso que no ver á Eulalia desgraciada, y aborreciendo hasta las personas que la rodean...

CÁRLOS. ¡Mientes, Martin!

MARTIN. ¡Que miento! ¡Cárlos! ¡Cárlos! ¡qué mal me tratas!

CÁRLOS. ¡Tú tambien parece conspiras contra mí! ¡Vaya! perdóname. Dáme la mano, y perdóname.

MARTIN. Te perdono, porque te compadezco; pero aun cuando deba aumentar tus penas, te repetiré que tú... que tú solo eres la causa de los sinsabores de tu esposa.

CÁRLOS. No lo créas. Hace un momento que iba á confiármelo todo, aquí mismo, cuando se detuvo de repente como asombrada de lo que iba á hacer... pero yo lo sabré, sí, yo lo sabré todo...

MARTIN. ¿Y qué vas á conseguir con eso? ¿Qué objeto te propones?

CÁRLOS. ¡Qué objeto! matar al insensato que ha venido á sembrar la desgracia en mi familia.

MARTIN. ¿Matar? ¿Estás loco? ¡Bah! (*Riendo*) ¡Bah! Suponiendo, lo que no es verdad, que tu esposa tiene un amante... ¿Se mata á nadie por eso hoy? ¿Ves tú que yo mate á los amantes de mi mujer? Todo al contrario... Los pongo muy buena cara, les tiendo la mano, les llamo amigos, los convido á comer, en fin, los engordo... y cuando estamos solos Eulalia y yo, nos desternillamos de risa... Ya ves tú que pasatiempo como este no es muy natural de encontrar. Esto no quita que yo tome mis precauciones... y para inutilizar sus obsequios, tengo que emplear mi astucia maquiavélica... ya pagando espías... ya sobornando mis criados, que me interceptan las cartas... aquí tienes una prueba... mira... (*Saca una carta.*)

CÁRLOS. ¿Qué es eso?

MARTIN. Una carta dirigida...

CÁRLOS. ¿A quién?

MARTIN. A mi mujer por el mas apasionado de sus amantes... por el señor de Leyva.

CÁRLOS. ¡Leyva!...

MARTIN. El mismo... cayó en la red.

CÁRLOS. ¿Cómo ha venido á tu poder esta carta?

MARTIN. Por Domingo mi lacayo... á quien he comprado á peso de oro.

CÁRLOS. No leas esa carta, Martin.

MARTIN. ¿Que no la lea? ¡estás fresco!

CÁRLOS. Por tu misma tranquilidad...

MARTIN. Cuidado, Cárlos, que con tales advertencias, se ofende el decoro de mi mujer.

CÁRLOS. Siempre has de tomar el rábano por las hojas...

MARTIN. Ya verás cómo nos reimos de Leyva á mandíbula batiente... hombre, si esta es la salsilla de la funcion. (*Abre la carta.*)

CÁRLOS. Todavía es tiempo... no leas esa carta...

MARTIN. Déjame en paz, hombre ¿acaso mi Eulalia no es la virtud en persona? ¿Puedo yo darle mejor prueba de confianza? «Angel mio.» (*Leyendo*) En este rasgo conozco el descaro de ese truhan: otro hubiera puesto, «Señora:» Continúo. «Cómo, ni la respuesta mas insignificante... ni »una palabra siquiera...» ¡Eh!... ¿Qué tal? ¡Te vas convenciendo? Pues esta carta es la duodécima desde que se marchó.—«¿No le han dicho á usted mis cartas todo lo »que sufro lejos de su presencia?»—Sufre, tonton, sufre. «¿Le inspiro á usted todavía ódio?»—Vamos, ¿qué me dices de esto? ¿Dudarás aun de la inocencia de Eulalia? —«¿Todavía ódio?... ¿No acabó este ódio aquel dia en que colmando mi esperanza, nada me dejó usted que desear?» —¡Dios mio! esto es imposible.,. esto no puede ser cierto... yo he leido mal.

CÁRLOS. ¡Martin!...

MARTIN. Déjame... yo he leido mal... soy un torpe... pero, no... (*Lee para sí.*) Está escrito... aquí... sí, con todas sus letras... ¡Ah! sosténme, Cárlos, amigo mio... yo no estoy bueno...

CÁRLOS. Martin, entrégame esa carta.

MARTIN. ¿Que te la dé? Nunca... la necesito para confundir á la

infame... para arrojar de mi lado á la adúltera...

CÁRLOS. Vamos, tranquilízate... eso debe ser una equivocacion... tú no puedes dudar de Eulalia... hace poco que me asegurabas...

MARTIN. ¡Cáspita! hace poco me creia libre de... y eso es muy fácil de decir... pero cuando hay pruebas... ¡Cárlos! ¡mis piernas flaquean!

CÁRLOS. Dame la carta.

MARTIN. No, quiero apurar hasta la última gota de este cáliz de amargura... tendré valor... (*A medida que lee, su fisonomía se alegra.*) ¡No es para ella!... ¡no es para ella!... ¡Gracias, Dios mio!...

(*Se detiene frente á Cárlos que le interroga con la mirada: retrocede temeroso, quiere ocultar la carta, pero Cárlos se lanza sobre él, y se la quita.*)

CÁRLOS. ¿No es para Eulalia esa carta? ¿Para quién pues?

MARTIN. ¡Cárlos, amigo mio!...

CÁRLOS. A mi vez ahora te digo que tu resistencia ofende el decoro de mi mujer. (*Leyendo*) «¿No ha acabado este ódio? »aquel mismo dia en que, colmando mi esperanza, nada »me dejó usted que desear, nada mas que su corazon. »Pero á fuerza de amor, de constancia y de ternura, yo »la conquistaré haciéndola á usted olvidar mi conducta »pasada. Sírvame de escudo mi pasion, pasion reprimida »siete años, y nacida antes de su matrimonio de usted. »Llegaré á Madrid al mismo tiempo que esta carta sin »otro objeto que el de obtener su perdon, y prometerla »un sincero arrepentimiento. Leyva.»

(*Silencio. Cárlos acaba por llorar, Martin lo recibe en sus brazos.*)

MARTIN. Cárlos, valor... tal vez sea todo una miserable farsa... Vamos, no llores así... que me partes el corazon.

CÁRLOS. ¡Oh, infame... miserable!...

(*La escena se llena de gente. Bailan en el segundo salon.*)

MARTIN. Tranquilízate... enjuga los ojos... alza la frente... que nadie se aperciba de tu dolor.

ESCENA IX.

DICHOS, IRENE, EULALIA, CABALLEROS Y SEÑORAS.

EULALIA. ¿Qué hacen ustedes aquí? *Dando el brazo á un caballero.*) Todos les echan de menos en el salon.

MARTIN. Es verdad. (*Ocultando la carta que coje á Cárlos y esforzándose para reir.*) Sí, dispénsennos ustedes... nos habíamos distraido... yo le decia á Cárlos que... y él me respondia que... (¡Valor, amigo mio, valor!) (*Bajo á Cárlos.*)

EULALIA. ¡Dios mio!... Cárlos, ¿qué tiene usted?... ¡Jesus! ¡qué palidez! ¿Está usted malo?

CÁRLOS. ¿Yo? No, estoy bueno... muy bueno.

IRENE. ¿Qué es eso? (*Entrando.*)

CÁRLOS. ¡Ella! (*Aparte.*)

IRENE. ¿Qué sucede?

EULALIA. Que por lo visto tu esposo se halla indispuesto... Pero á tí tambien, Martin, te pasa algo.

MARTIN. (¡Las piernas me tambolean!) (*Aparte.*)

IRENE. (¡Dios mio, qué mirada!) (*Aparte.*)

CÁRLOS. No es nada... nada absolutamente.... Martin que... sí, Martin que sostenia conmigo una discusion...

MARTIN. Justo, una discusion. (*Repitiendo maquinalmente,*)

CÁRLOS. Muy acalorada.

MARTIN. Eso es, muy acalorada, y que no vale la pena de...

CÁRLOS. Al contrario.

MARTIN. Al contrario...

CÁRLOS. Martin sostenia que un marido engañado debe matar á su mujer y al amante.

IRENE. ¡Cielos!...

MARTIN. Yo no he dicho semejante cosa...

CÁRLOS. Y yo le contesté que habia conocido á uno que pensaba de distinta manera... Era el tal un hombre de carácter dulce, paciente... que no se acordaba de haber cometido en su vida una mala accion... que adoraba á su mujer, y la rodeaba de cuidados, de ternura, como si efectivamente se tratase de una mujer honrada. ¡Ah! ¡Cómo se reiria ella de él interiormente!...

IRENE. (¡Ay! yo muero!...)

CÁRLOS. Este hombre fué engañado... ¿Y saben ustedes lo que hizo?... Pensando con fundado motivo que tarde ó temprano sería conocida de todos su triste situacion, y sospechando el ridículo ó la infamia que sobre él caeria si aparentaba ignorar su desgracia, un dia, y en medio de un baile, se dirigió á sus convidados, á sus amigos, diciéndoles: Señores, desde que ustedes me conocen, ¿han notado en mi honra la mas ligera mancha? ¿No he obtenido á fuerza de vigilias, de trabajos, de honor, en fin, la consideracion y el respeto con que todos me distinguen? Pues bien... aquí está mi esposa... voluntariamente me dió su mano. Yo le dije al casarme con ella, este honor, esta consideracion del mundo es mi tesoro... tómalo, te lo entrego... acuérdate siempre de que este tesoro es mi vida... pero esta mujer echó por tierra el edificio tan penosamente levantado... Que la deshonra sea para ella... ¡para ella sola! Pero que el marido quede al abrigo de una infamia que no ha buscado. ¿Soy acaso menos digno de estimacion á los ojos del mundo hoy que ayer? No. Pues bien, hé aquí la culpable... yo la entrego á vuestro desprecio. «Hé ahí lo que hizo ese hombre, y hé ahí lo que yo...

MARTIN. Cárlos, ese hombre (*Interrumpiéndole. Aparte.*) estaba loco. Si tenia hijos era un padre sin entrañas, porque ol-

vidaba que el deshonor de la madre cae de rechazo sobre su hija...

CÁULOS. (¡Oh sí, tienes razon!) Martin decia muy bien, señores... si ese hombre tenia hijos no debió por ningun concepto perder á su mujer. Yo mismo, en su lugar, hubiera dicho á la madre culpable, á la esposa adúltera; «te condeno á que vivas eternamente á mi lado. Y no cerraria por ella las puertas de mi casa al amante, al contrario, se las abriria de par en par, dándole el nombre de amigo, estrechando su mano, y si quedaba todavía un resto de pundonor en el pecho de ambos, esta hubiera sido mi venganza.

IRENE. Llévame de aquí, ó me caigo muerta. *(Bajo á Eulalia.)*

ESCENA X.

DICHOS, LEYVA.

MARTIN. ¡Leyva!... *(Movimiento general. Cárlos va á lanzarse sobre él, y Martin le detiene.)*

LEYVA. Dispénseme *(Dirigiéndose á Cárlos.)* usted, mi querido Cárlos, si me presento en el baile sin haber sido invitado... acabo de llegar de mis viajes, y he creido que...

CÁRLOS. Seria usted bien recibido; ¿no es cierto, mi querido amigo? ha hecho usted divinamente. *(Suena la música.)* A propósito... la ocasion no puede ser mas oportuna... Ofrézcale usted el brazo á mi esposa para que bailen ustedes juntos. *(Leyva se dirije á Irene.)*

CABALLERO. Señora... *(El que daba el brazo á Eulalia.)*

MARTIN. Dispénseme *(Interponiéndose.)* usted, caballero, pero mi mujer baila conmigo...

CABALLERO. Entonces queda usted comprometida para la inmediata...

EULALIA. Polka segun creo.

MARTIN. Es que yo polko con mi esposa.

EULALIA. ¡Pero si tú no sabes la polka!

MARTIN. ¡Ne importa, lo aprenderé!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

IRENE, MARTIN.

IRENE. ¡No me engañe usted!... Cárlos está aquí... ¿no es cierto? ¿Por qué huye de mí? usted lo sabe: tenga usted compasion de esta desgraciada... dígamelo usted todo: la muerte es preferible á la incertidumbre en que vivo...

MARTIN. ¡Irene!... ¡Dios mio! ¡Dios mio!

IRENE. Una palabra... una sola... ¿Por ventura le han dicho á Cárlos!... ¿ha sabido?... hable usted.

MARTIN. ¿Se empeña usted en que yo?... Pues bien... no: no se lo diré á usted jamás: no quiero ser yo quien... Bástele á usted saber que ha habido un momento en que he dado á Satanás la hora en que ví á usted por primera vez. ¡Irene!... ¡Irene!... Porque ha envenenado usted la existencia de ese hombre que la amaba con tanto amor.

IRENE. ¿Y ya no me ama?

MARTIN. Despues de la noche del baile en que usted se retiró sin sentido, fuí á verle una vez, y le encontré sentado delante de una mesa con los ojos fijos... parecia una estátua...

Hubiera preferido verle llorar, porque así al menos se hubiera desahogado su corazon. Pasados diez minutos en esta posicion, me tendió los brazos anegado en lágrimas. Cuando le dije que usted queria volver á esta casa de campo en compañía de Eulalia y de Paulina, me contestó: «Ahí tienes dinero... acompáñalas,»—¿Y tú? me atreví á preguntarle... ¿Yo? me dijo sin comprenderme. —Sí, tú... ¿no quieres venirte con nosotros? Ahora no; mas tarde me reuniré con vosotros... necesito arreglar mis negocios... Despues de esto ha cumplido su palabra. Por lo demás, ¿qué quiere usted que la diga?

IRENE. ¡Es verdad!

MARTIN. Siento dejarla á usted. (*Se levanta.*) Ea, un poco de valor... ¡qué diablos!... El médico asegura que eso no vale la pena...

IRENE. ¿De veras?

MARTIN. Se entiende; siempre que usted ponga algo de su parte. Así, pues, nada de lágrimas... y cuento con la enmienda.

IRENE. Está bien, Martin.

MARTIN. Le diré á Eulalia que venga... está en el jardin con Paulina... Hasta luego.

ESCENA II.

IRENE *sola.*

¡Todo lo sabe! Al salvar la honra de mi esposo á costa de la mia he cométido una falta que el mundo no perdona jamás. Todo lo he perdido, honor y felicidad... no me queda mas consuelo que el de Dios.

ESCENA III.

IRENE, EULALIA.

EULALIA. ¿Te sientes mejor, mi querida Irene?

IRENE. Sí, me encuentro mas aliviada. ¿Y Paulina? ¿Por qué no me has traido á mi hija?

EULALIA. La he dejado con Cárlos.

IRENE. ¡Ah! con su padre... en ese caso, has hecho bien. Siéntate á mi lado... tus palabras me reanimarán... Dime, ¿no es cierto que me encuentras muy desmejorada?

EULALIA. No tal.

IRENE. ¡Tú sí que estás hermosa, Eulalia! ¡Qué semblante tan risueño!... Oye, ¿te gustan mucho los niños?

EULALIA. Los adoro.

IRENE. Se conoce en las caricias que prodigas á mi hija.

EULALIA. Como que la visto por la mañana, y la acuesto por la noche, ni mas ni menos que tú antes de caer enferma. Cuando peino sus hermosos cabellos rubios; cuando calzo sus lindos piececitos y contemplo su semblánte, que es tu retrato, no puedo menos de esclamar con envidia. ¡Qué dichosa es Irene!

IRENE. ¿Y te ha hablado de mí durante estos dias?

EULALIA. Yo lo creo. ¡El primer dia lloraba porque no te veia!

IRENE. ¡Conque lloraba!... ¡Hija de mi alma! ¡Y despues!...

EULALIA. Despues... me ha preguntado muchas veces por tí.

IRENE. ¡Pero no lloraba ya!...

EULALIA. Como te he reemplazado, se ha ido acostumbrando poco á poco á mi trato... Ya sabes tú que los niños...

IRENE. Tienes razon... Su madre es aquella que cuida de ellos... Pronto me olvidará.

EULALIA. ¡Olvidarte! ¿Estás loca?

IRENE. Loca no... moribunda.

EULALIA. Moribunda, cuando los médicos afirman...

IRENE. ¿Qué saben los médicos de mi mal? Yo me conozco, Eulalia, y sé que mi enfermedad no tiene remedio. No trates de consolarme, porque sería inútil, y los instantes que me restan son preciosos. Prométeme que cuando yo muera, tú me reemplazarás en el cariño de mi hija.

EULALIA. No te aflijas, Irene.

IRENE. ¿Me lo prometes?

EULALIA. Sí, sí; todo lo que quieras... pero no puedo creer...

IRENE. Háblala de mí á menudo, pónderala mi amor, que es inmenso, y cuando sea grandecilla, díle que el último pensamiento de su madre fué para ella.

EULALIA. ¿A qué viene ahora eso? ¿Quieres verme llorar?

IRENE. Lágrimas... ¿para qué? Mas tarde ó mas temprano, la muerte es siempre la amiga cariñosa que calma nuestras penas. La espero tranquila. Voy á descansar un poco en mi lecho: (*Se levanta*) pero antes quiero abrazar á Paulina.

EULALIA. Es que...

IRENE. Sí, te comprendo. (*Mirándose al espejo*) Temes sin duda que la asuste mi semblante...

EULALIA. Tanto como eso, no; pero...

IRENE. No te falta razon, Eulalia... No se que siento... mis párpados se cierran insensiblemente... me caigo de sueño... ¡Hace tantas horas que no he podido dormir!... Hasta luego, Eulalia.

EULALIA. Yo no te abandonaré.

IRENE. Déjame, te lo suplico... Quiero descansar un rato. (*Váse.*)

ESCENA IV.

EULALIA *sola.*

¡Pobre Irene!... ¿Pero qué pasa aquí, Dios mio? Cárlos adora á su mujer y hace ocho dias que huye de ella. En tan corto tiempo parece que han pasado por él diez años!

Hasta Martín me parece otro... le veo triste, cabiloso... él que no tenia secreto para mí, si le pregunto ahora, se calla, y... ¡oh! ¡es preciso que yo averigüe!... Antes de todo voy á avisar al médico.

ESCENA V.

EULALIA, DOMINGO, *despues* LEYVA Y CÁRLOS.

DOMINGO. Madrina, el señor de Leyva desea hablar con usted.

EULALIA. Ahora no puedo recibir á nadie... Dile que no estoy en casa.

DOMINGO. Caballero, mi madrina (*Dirigiéndose á fuera*) dice que le diga á usted que no está en casa. ¡Bah! ¡Y se cuenta sin cumplimiento!... (*Váse.*)

LEYVA. Señora, una palabra nada mas, y la dejo á usted (*A Eulalia que va á salir*) al instante. ¿Cómo sigue Irene? Hace ocho dias que no sé de ella, que no vivo, y aunque mil veces he estado á punto de venir á preguntar por su salud, no me he atrevido sin embargo... En fin, no pudiendo sufrir por mas tiempo...

EULALIA. No entiendo una palabra de cuanto usted me dice. ¿Qué motivo puede haber para que no se haya usted atrevido á venir?

LEYVA. En efecto, ninguno... no haga usted caso, señora. (No sabe nada.)

EULALIA. ¿Qué tiene de particular que venga usted á casa de su amigo Cárlos con objeto de informarse de la salud de Irene?

LEYVA. Tiene usted mucha razon.

EULALIA. A propósito, aquí viene.

LEYVA. (¡Él!)

CÁRLOS. ¡El señor de Leyva en mi casa! (*Entrando.*)

EULALIA. Que viene á informarse de la salud de Irene.

CÁRLOS. Gracias, amigo mio; solo siento que se haya usted descuidado tanto. Hace ocho dias que habitamos esta quinta, y usted no se ha dignado hasta hoy honrarnos con su presencia. Eulalia, dí á Irene que la esperamos.

EULALIA. Al instante.

ESCENA VI.

LEYVA Y CÁRLOS.

CÁRLOS. Sin duda los negocios le han impedido á usted venir antes, porque no es dable que un nuevo amor...

LEYVA. ¡Caballero!... (¿Qué querrá decir?...)

CÁRLOS. Si he cometido una indiscrecion, ruego á usted que me perdone, y no hablemos mas del asunto. Yo creía que entre nosotros no debiera haber ningun secreto, porque yo soy un hermano mayor para usted; casi un padre, si tuviera edad para ello. ¡Fuí tan amigo del suyo!... Era un hombre de bien que me queria mucho. Es verdad que tuve la dicha de hacerle algunos favores de importancia.

LEYVA. ¿Usted, Cárlos?

CÁRLOS. Sí, yo mismo.

LEYVA. Si lo hubiera sabido...

CÁRLOS. ¿Qué hubiera usted hecho?

LEYVA. Con todo, mi gratitud...

CÁRLOS. Nada de gratitud que estorba á la amistad, y usted es mi mejor amigo. Por otra parte, si de gratitud hablamos, ¿cree usted que podré olvidar nunca la generosidad con que usted me ofreció su bolsillo hace seis meses?

LEYVA. ¿Todavía se acuerda usted?...

CÁRLOS. Mi mujer se opuso entonces á que yo... ¡y es que á las mujeres se las ocurren algunas cosas!... Yo hubiera aceptado con la misma franqueza que usted ofrecia, y mucho mas cuando era un empréstito que debia pagarse...

LEYVA. ¡Cómo!...

CÁRLOS. Segun eso usted ignora que un dia vino á mi su padre, pálido, con la voz ahogada, diciéndome: «Mi hijo me ha arruinado, Cárlos.» (Porque su fortuna de usted hoy proviene de su tio Villanueva.) «¡ Mi hijo me ha arruinado, y no satisfecho con esto, acaba de deshonrarme !...

LEYVA. ¡ Cárlos !

CÁRLOS. No hago mas que repetir las palabras de su padre de usted. «Mañana, añadió, irá probablemente á la cárcel.» Se trataba de no sé qué deudas contraidas en obsequio de una bailarina... ¡ Ya se ve, era usted tan jóven !... Sin embargo, la deuda admitia mala interpretacion, se hablaba de tribunales... En fin, el caso fué que yo las pagué... y usted lo ignoraba.

LEYVA. ¿ Usted ? ¿ Conque fué usted, D. Cárlos ?...

CÁRLOS. Creo haber dicho que la deuda podia ser mal interpretada, y efectivamente lo fué.

LEYVA. ¿ Cómo ?

CÁRLOS. Usted viajaba por Francia á la sazon... Un fátuo, un rival sin duda, se atrevió á acusar á usted... de falsario. Su padre de usted era demasiado viejo para castigar el insulto... usted se hallaba lejos...

LEYVA. ¿ Y qué sucedio ?

CÁRLOS. Sucedió, que yo pagué tambien esa deuda. Hé aquí el recibo... Esta herida. (*Señalando la muñeca.*) Ya ve usted que nuestra amistad data de antiguo, y que puedo, sin pecar de indiscreto, hablarle de sus amores. Vamos, confiese usted que una nueva conquista ha sido causa de su tardanza en venir á vernos.

LEYVA. Pues bien, es cierto; lo confieso francamente.

CÁRLOS. ¡Tan pronto !

LEYVA. ¿ Cómo tan pronto ?

CÁRLOS. Es verdad, no sé á punto fijo cuanto tiempo hace que es usted el amante de mi esposa.

LEYVA. ¡ Caballero !

CÁRLOS. ¿ Qué es eso ?

LEYVA. Esta burla.

CÁRLOS. No mienta usted.

LEYVA. Pero...

CÁRLOS. Irene será mas franca que usted. Voy á preguntarle...

LEYVA. Basta, caballero; puesto que lo sabe usted todo, estoy á sus órdenes.

CÁRLOS. ¿Para qué?

LEYVA. Para darle todas las reparaciones que exija de mí.

CÁRLOS. Amigo mio, ¿tengo yo trazas de pedirle reparacion, ni de buscar querella? Usted desea batirse conmigo tal vez porque confia mucho en su destreza.

LEYVA. ¿Supone usted que?...

CÁRLOS. ¿Le ofende á usted eso? Pues bien, convengamos en que no se atreve usted á quitarle la vida al hombre á quien le ha quitado toda esperanza de felicidad; convengamos por un momento en que usted se dejaria matar. ¡Gran hazaña de mi parte! Mayor será mi venganza, sí, guardando en su corazon un resto de pundonor, á donde quiera que usted vaya, en cualquiera instante de su vida, le persiguiera la idea de que un hombre honrado ha sabido despreciarle como se merece.

LEYVA. ¡Oh! ¡basta ya!

CÁRLOS. Silencio... aquí llega Irene.

ESCENA VII.

DICHOS, IRENE.

CÁRLOS. Acércate, esposa mia, y da gracias al señor de Leyva que viene á informarse de tu salud.

LEYVA. ¡Oh!

CÁRLOS. ¿Crecrás que Leyva me proponia ahora mismo un duelo?

IRENE. ¡Un duelo!... ¡él!...

CÁRLOS. ¿Y sabes por qué razon? Porque dice que es tu amante.

IRENE. ¡Dios mio!

CÁRLOS. El lance no deja de tener gracia... como si la sangre purificase el cieno...

LEYVA. Esa burla es insufrible. Admito que usted se coloque por cima de las preocupaciones sociales; mas no le concedo el derecho de insultarme de este modo. Elija usted la venganza que le convenga, pero condúzcase como haria otro en su lugar.

CÁRLOS. ¿Qué tengo yo que ver con los otros? Cada cual tiene su manera de ver las cosas. Es verdad que hay maridos que al saber que su mujer es una infame, y su amigo un miserable, se baten por ella con él... ¡pero yo no me bato por una infame; yo no cruzo mi espada con un miserable!

LEYVA. Necesito una satisfaccion, y pronto.

CÁRLOS. Y yo me niego á darla.

LEYVA. Es usted un cobarde.

CÁRLOS. Su padre de usted podria desmentirle.

LEYVA. ¡Oh!

CÁRLOS. ¿No comprende usted que cualquiera que fuese el resultado de este duelo, el honor de esta mujer quedaria sobre el campo del combate? Que ella lleva mi nombre, y que mientras yo pueda, mi nombre vivirá sin mancha? Además, un duelo es siempre dudoso, y yo solo tengo aquí el derecho de vengarme, diciéndole á usted: caballero, mucho debe usted amar á esta mujer, cuando le ha sacrificado su mejor amigo. Y tú, Irene, es necesario que hayas amado mucho á este hombre para haberle sacrificado tu esposo; mas que eso; tu hija. ¡Oh! Ámense ustedes en buen hora hasta que se disipe la embriaguez de la pasion, y se desprecien mútuamente, conociéndose al fin uno al otro; hasta que usted, Leyva, la culpe de haber matado su porvenir, y tú, Irene, le eches en cara tu honor perdido, tu desventura eterna! hasta que estos amores consumidos por el tédio, aparezcan en su horrible desnudez. Entonces, sí, entonces, no lo dudeis, gozaré en vuestro infortunio, me reiré de vuestra insensata pasion, y que-

daré mejor vengado que si me valiera de la espada ó la pistola.

LEYVA. (¡Pobre mártir!) ¿Y si uno de los dos fuese solo culpable? ¿Si su esposa de usted hubiese sucumbido á la violencia nada mas?

CÁRLOS. Si hubiera todavía Lucrecias en el mundo, yo la vengaria matándole á usted; pero Lucrecia se quitó la vida, y mi mujer vive aun.

LEYVA. No obstante, esta es la verdad. Yo soy el culpable. Irene es la víctima de un lazo odioso que me horroriza hoy, pero que me ha vengado de siete años de desprecios y desdenes.

CÁRLOS. ¿Es cierto?

IRENE. No; esa mentira generosa no lleva mas objeto que el de disculpar mi falta.

LEYVA. Hablo así porque me avergüenzo de mí crímen; porque tanta iniquidad me espanta. ¡Cárlos, esta mujer es inocente!

CÁRLOS. ¿Al fin declara usted que es un infame?

LEYVA. Sí.

CÁRLOS. ¿Un miserable... un cobarde?

LEYVA. Sí, sí; pero salgamos pronto.

IRENE. ¡Detente!... Yo te he ofendido, (*A Cárlos.*) y tú no debes batirte por mí... ¡Muera yo sola, y vive tú para mi hija!... Él es libre de amarme; por lo tanto yo sola soy la culpada; sufra tambien yo sola el castigo... Véngate de mí... ¡No saldrá una queja de mis labios!...

CÁRLOS. ¿Temes por él?

LEYVA. Cárlos, no la crea usted.

IRENE. ¿Todavía aquí, caballero? Se atreve usted á profanar esta casa sin comprender que su presencia es para mí el mayor de los suplicios? ¡Salga usted inmediatamente!...

LEYVA. ¡Oh! (*Saluda y sale.*)

ESCENA VIII.

IRENE Y CÁRLOS.

CÁRLOS. Irene, has estado muy dura, muy cruel con el amigo Leyva. Reflexiona que en su desesperacion es posible que no le vuelvas á ver.

IRENE. Mátame, Cárlos, yo te lo ruego; pero no me trates con tanto desprecio.

CÁRLOS. ¿Matarte yo? Te has equivocado: para poder matar, es necesario amar mucho.

IRENE. ¿Y tú ya no me amas?

CÁRLOS. ¿Yo?

IRENE. Perdóname, Cárlos; olvido lo que acabo de decirte; trátame como quieras; déjame volver á la casa de mis padres...

CÁRLOS. Eso es imposible: antes que á nosotros, pertenecemos á la sociedad en que vivimos. ¿Y qué podria yo responder á la sociedad si me preguntase el motivo de esta repentina separacion? La sociedad adivinaria al cabo la verdad, y no es cosa de arrojar á la maledicencia tu reputacion y mi honra, que solas constituyen la única herencia de tu hija. Irene, has hecho pedazos tu decoro; has mancillado mi nombre; pero yo sabré obligarte á respetar el de tu hija. No te irás de mi lado.

IRENE. Tienes razon... sí... sí; es justo. Sabré soportar hasta tu desprecio, porque en cambio, viviré á su lado, la estrecharé entre mis brazos... blanca azucena que fecundarán mis lágrimas al calor de mis besos.

CÁRLOS. No, Irene; si no volverás á verla.

IRENE. ¡Cárlos!... ¡Eso es imposible!... ¡Paulina! ¡Paulina!...

CÁRLOS. ¡Es inútil que la llames! Paulina ya no está en casa.

IRENE. ¿Pues en dónde?... ¿En dónde está?

CARLOS. Muy lejos de aquí.

IRENE. ¡Miserable!

CÁRLOS. ¡Irene!

IRENE. ¡No ver á mi hija! Pues si yo no me he matado, ha sido porque una madre no tiene nunca ese derecho. ¡Porque una hija es la vida de su madre! ¡Cárlos! ¡Cárlos!... ¡La volveré á ver!... ¿No es verdad que la volveré á ver?

CÁRLOS. Jamás.

IRENE. ¡Oh! Esto es demasiado... Cárlos, yo te amo; te he amado siempre.

CÁRLOS. Déjate de farsas, Irene.

IRENE. ¿Farsas yo? Farsas que cuestan la vida, Cárlos, ya que no merezcan tu estimacion, te moverán dentro de poco á tener lástima de mí... ¿Te ries? ¿Te burlas? Y sin embargo, yo me callo... y seguiré callándome, cuando con una sola palabra que pronunciase se trocaria tu ódio en eterno remordimiento.

CÁRLOS. Con una sola palabra...

IRENE. Con una sola...

CÁRLOS. Pronúnciala pues... Habla, Irene... porque... tú has debido conocerlo... Padezco en este momento mas que tú... habla.

IRENE. ¡Imposible!

CÁRLOS. ¡Imposible!... creyendo que amabas á tu hija, he estado á punto de perdonarte.

ESCENA IX.

CÁRLOS, IRENE Y DOMINGO.

CÁRLOS. ¿A qué vienes?

DOMINGO. Esta carta...

CÁRLOS. Dámela.

DOMINGO. Es para la señora.

CÁRLOS. Véte.

ESCENA X.

IRENE Y CÁRLOS

(*Cárlos lee en alta voz. Irene no presta atencion ninguna al contenido de la carta.*)

CÁRLOS. ¡Letra del señor de Leyva! (*Lee.*) «Irene, no se enoje usted por lo que va á leer; hablo á usted con toda la sinceridad de un corazon amargado. El porvenir que á usted prepara su marido, es horrible; el sufrimiento y los pesares han menester tambien de libertad. Quiero asegurar á usted el derecho de llorar á solas, sin que nadie la escarnezca. Yo mismo vendré á buscar á usted acompañado de dos amigos en quienes tengo la mas absoluta confianza. Si están abiertas las persianas del balcon, subiré, si no...»

Cárlos observa que Irene no hace caso de la lectura de la carta: se dirige al balcon y abre las persianas: vuelve; se coloca detrás de Irene, y sustituyendo su propia idea al testo de la carta y sin fijar la mirada en el papel, continúa.)

«Si no, Irene, á la misma hora en que usted reciba esta carta, estaré ya lejos de Madrid, buscaré al otro lado de los mares la tranquilidad que he perdido. ¿En qué punto me fijaré? no lo sé; nadie lo sabrá, y juro por la gloria de mi madre que no me verá usted en el resto de su vida.»

IRENE. ¡Ah!

CÁRLOS. ¿Has oido, Irene?

IRENE. Sí, y vas á saberlo todo... todo...

CÁRLOS. ¡Oh!

IRENE. Sí; vas á saberlo todo, porque quiero antes de morir... Eulalia... Martin... es indispensable que estén aquí presentes; quiero que escuchen mi confesion, para que mas adelante... hagan que mi hija respete la memoria de su madre... Cárlos... Llámalos. ¡Ah! (*Entran Martin y Eulalia.*)

ESCENA XI.

IRENE, CÁRLOS, EULALIA Y MARTIN.

IRENE. Mas cerca... junto á mí... Las dos únicas personas que me han sido fieles; las dos únicas que no me han martirizado con su desprecio, que me han dado constantemente muestras de cariño... Mirad... Este es Cárlos... ¿Le conoceis? Pues sabed que me ha humillado, que me ha pisoteado, que me ha herido mortalmente en el corazon, separándome de mi hija... ¿Y sabeis por qué? Yo os lo diré; voy á confesar mi crímen... Dios me juzgará. Por conservar á mi hija puro y sin mancha el nombre de su padre, deshonré el mio... Hace siete meses... aquí... en este mismo sitio... Leyva me habló de su amor... y yo le desprecié... ¡Cosa natural! Yo amaba á Cárlos con todo mi corazon... entonces él... ¡Le estoy viendo!... ¡su mirada fria!... su semblante impasible... una estátua de mármol... «Dentro de ocho dias, me dijo, será usted mia, ó su marido de usted responderá ante los tribunales de su conducta.» Se trataba de un depósito de dos millones de reales .. del que habia dispuesto... mi... él... para pagar á sus acreedores.

CÁRLOS. Ese villano mentia... Su tio antes de morir rompió el recibo...

IRENE. Toma. (*Sacándole del pecho.*)

CARLOS. ¡Ah! (*La fisonomía de Cárlos toma repentinamente un color siniestro, todo en él empieza á revelar el trastorno de su razon.*)

IRENE. Cárlos, Cárlos; te doy mi vida en pago de tu silencio. No digas nunca á mi hija que su madre... ¡Pobre hija mia!... Traédmela... Traédmela... Yo quiero verla..... Es imposible que Dios me perdone, si no me presento á él purificada con los besos de mi hija.

MARTIN. ¡Paulina! ¡Paulina!... ¡Que vayan á buscarla!

IRENE. Sí, sí... Que vayan... Qué... ¡Ah!... No, no; ya no es tiempo; se encontraria con el cadáver de su madre... Tú me reemplazarás... ¿No es verdad? ¿Me lo prometes? Adios... ¡Cárlos!... ¡Cárlos!... Díme que me perdonas, y muero contenta, porque moriré creyendo que me amas, ¡Mi hija!... ¡Mi hija!... ¡Ah! (*Muere.*)

(*Momentos de silencio.*)

CÁRLOS. ¡Muerta!... ¡Muerta!... ¡Martin!... ¡Ha muerto!... ¡Irene ha muerto. (*A Eulalia.*)

(*Todo en él revela el estremo completo de su razon. Martin al verle retrocede espantado.*)

ESCENA XII.

IRENE, CÁRLOS, MARTIN, EULALIA *y dos caballeros que acompañan á Leyva.*

LEYVA. ¡Irene! (*Abriendo la puerta del foro.*)

CÁRLOS. ¡Aquí está! (*Tomándole de la mano sonriéndose.*)

LEYVA. ¡Muerta! (*Martin ha abierto uno de los cajones de la mesa y sacado de ella dos pistolas.*)

MARTIN. Ha perdido la razon; pero yo conservo la mia... ¿Me ha comprendido usted, miserable?

LEYVA. Vamos.

MARTIN. Quieta: (*A Eulalia que quiere seguirle.*) ni una palabra.

ESCENA XIII.

IRENE Y EULALIA: *poco despues* MARTIN.

MARTIN. Estás vengado.

(*Cárlos recorre la escena: su fisonomía, sus movimientos, todos revelan el estravío de su razon: á pocos momentos se oyen dos tiros: Cárlos como que recuerda algo de lo que ha sucedido, quiere llorar y no puede: contracciones nerviosas: aparece Martin con una pistola en la mano, se dirije á Cárlos y le dice: Cárlos no da señales de conocerle: rompe al cabo á llorar, y cae sin conocimiento en los brazos de Eulalia y de Martin.*

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 1.° de octubre de 1857.

El Censor de teatros,
PABLO YAÑEZ.

Conforme con el dictámen del señor censor y Real órden espedida por el ministerio de la Gobernacion, en 1 ° del actual, puede representarse este drama en tres actos, titulado Los tres banqueros, con las correcciones que tiene el presente ejemplar.

Madrid 2 de octubre de 1857.

El Gobernador,
MARFORI.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

La pluma y la espada.
La barquera de la Finojosa.
La flor del valle.
Los pobres de Madrid.
Libertinaje y pasion.
Libertad en la cadena.
La planta exótica.
La paloma y los halcones.
Las mujeres.
La gratitud y el [illegible]
¡Llegó el marte[illegible]
La gratitud de[illegible]
ó 2.ª p. de D. [illegible]rientes.
La batalla de Covadonga.
La estrella de la esperanza.
Los lazos de la familia.
La mariposa.
Los quid pro quos.
La cuenta del zapatero.
La mala semilla.
La huella del pecado.
Los maridos.
La hipocresía del vicio.
La cáza del gallo.
La frutera de Murillo.
La piel de leon.
La campana de la Almudaina
Mi mamá.
Mal de ojo.
Mariana Labarlú.
Mucho ruido y pocas nueces.
Martin Zurbano.
Mocedades.
Marta y María.
Mentiras y dulces.
Negro y blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.

Nobleza contra nobleza.
No es oro todo lo que reluce.
Nuevo método de buscar marido
Olimpia.
Ocho mil doscientas mujeres por dos cuartos.
Pac[illegible] y Manuela.
[illegible] á rio revuelto.
[illegible]lia y por él.
[illegible] una hija!...
[illegible]ósito de enmienda.
[illegible] heridas la de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero
Pelayo.
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
¡Quién vive!
¿Quién es el autor?
Quien mal anda mal acaba.
Rival y amigo.
¡Rico... de amor!
Su imágen.
Similia similibus curantur, ó un clavo saca otro clavo.
San Isidro (*P. de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Se salvó el honor.
¡Solo en el mundo!!
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Tres damas para un galan.
Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.

Un camino como hay pocos.
Un pollo en catzas prietas.
Un huéspeda del otro mundo
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Un par de guantes.
Una ráfaga.
Uno de tantos.
Una noche en Trifueque.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
Un dia de prueba.
Una renta vitalicia.
Una renta y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Una broma de Quevedo.
Un sí y un no.
Una Vírgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Un señor de horca y cuchillo
Una equivocacion.
Un retrato á quema-ropa.
Un cuerdo loco y un loco cuerdo.
Ver y no ver.
Verdades amargas.
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZZUEL S.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
Aidé: *Música.*
Azon Vizconti.
A cual mas feo.
Buenas noches, vecino.
Beltran el aventurero.
Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.
Cosas de D. Juan.
Cuando ahorcaron á Quevedo.
Cegar para ver.
Céliro y Flora.
Don Crisanto ó el Alcalde proveedor.
Don Sisenando.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El grumete.
El calesero y la maja.
El Vizconde.
El perro del hortelano.
El secuestro de un difunto.
El lancero.
El delirio: *drama lírico.*
El dominó azul.
Enredos de carnaval.
El postillon de la Rioja: *Música.*

El mundo á escape.
El novio pasado por agua: *Música.*
El diablo en el poder.
El esclavo.
El relámpago.
El Vizconde de Letorieres.
El capitan español.
El último mono.
El leon en la ratonera.
El zuavo.
Farmelli.
Guerra á muerte.
Giralda.
Juan Lanas.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa ó el suegro ómnibus.
Las bodas de Juanita: *Música.*
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en Palacio.
La dama del rey.
La Colegiala.
La espada de Bernardo.
La cacería real.
Los conspiradores.
La modista.
La huérfana.

La Jardinera.
La hija de la Providencia.
La Roca negra
Los jardines del Buen Retiro
Loco de amor y en la córte.
Los diamantes de la Corona
La pensionista.
La guerra de los sombreros
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
Mateo y Matea.
Mentir á tiempo: *Música.*
Marina.
Moreto: *Música.*
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por conquista.
¡Quien manda, manda!
Simon y Judas.
Tres madres para una hija.
Tres para una.
Un sobrino.
Un dia de reinado.
Un pleito.
Un cocinero.
Una guerra de familia.
Un Zapatero.
Un primo.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, número 40, cuarto segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Librería de Cuesta, calle d[illegible] núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almería	Alvarez.
Avila	Palomares.
Badajoz	Rino.
Barcelona	Hered.ª de Mayol.
Idem	Cerdá.
Béjar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Búrgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Cartagena	Muñoz García.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejada.
Córdoba	Lozano.
Coruña	García Alvarez.
Cuenca	Mariana.
Ecija	García.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	Mestre.
Jaen	Hidalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Murcia	Hered. de Andrion.
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Mántaras.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. María	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Meneses.
Sanlúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife	Powor.
Santander	Laparte.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Còmp.ª
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Pujol.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Moles.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Galindo.
Ubeda	C. Treviño.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.